

Ramiro Cristóbal

Periodista



JRJ y el exilio español en

El maestro **Pablo Casals**, con los pantalones remangados y un paraguas para resguardarse del sol, paseaba por la Playa de las Marías en el distrito de Isla Verde. Entonces, en 1957, a los 81 años de edad, el gran violonchelista y director de orquesta comenzaba su último exilio en la ciudad de San Juan, capital de Puerto Rico. Es curioso que, a muchos kilómetros de distancia, otro exiliado genial, cuatro años más joven, **Pablo Picasso**, lucía atuendo similar en parecido lugar, en la playa de Antibes en la Costa Azul.

En realidad, el músico de Vendrell fue el último en llegar a la dulce querencia de la isla caribeña. Mucho antes había llegado el profesor salmantino **Federico de Onís**, que lo hizo antes de la guerra y ya no volvió a su patria. El madrileño **Pedro Salinas** “saltaba” con frecuencia desde su residencia de Boston a la Universidad de Río Piedras. Se enamoró tanto de



la isla que pidió ser enterrado en ella y en el cementerio de San Juan reposa, vecino al gran bastión del Morro, orgullo militar español en tiempos de bu-

caneros y corsarios ingleses.

Entre 1951 y 1953 estuvo **Francisco Ayala** para dar unos cursos en la prestigiosa Universidad de San Juan.

Como naufragos
del exilio
obligado,
llegaron Zenobia
y Juan Ramón
Jiménez

Puerto Rico



Y llegaron, como náufragos del exilio obligado, **Zenobia** y **Juan Ramón Jiménez**, que se alojaron en la Casa de Huéspedes de la Universidad y en la pensión de doña

Lola Tuya en Condado. Antes, todavía, se había instalado en la isla el tinerfeño **Carlos Marichal**, dibujante, ilustrador y escenógrafo, emparentado lejanamente

con Salinas: su hermano Juan se había casado con **Solita**, hija del gran poeta.

Tanto Salinas como Juan Ramón vivieron en el barrio de Condado, uno de los más hermosos de la capital. Condado es una amplia franja que da, por un lado, al mar de las Antillas (“que también Caribe, llaman”, diría **Nicolás Guillén**) y, por el otro, a la laguna del mismo nombre del distrito. Esta vecindad con el agua inspiraría a Salinas algunas de sus mejores poesías y le escribe a su amigo **Jorge Guillén**: “El mar ha llegado a grado tal de hermosura que yo me paso la mañana mirándolo... Paisaje marino incomparable, éste. Hay, a poca distancia de la playa, muchos arrecifes, esparcidos. De modo que cuando se mueve un poco el viento rompen las olas y se puebla todo el mar de espumas que corren saltan y dan una sensación de circo natural y de alegría marina pasmosa”.

Algunas mañanas, el poeta subía hasta el Viejo San Juan cuyas calles le “recuerdan la Alcazaba de

Salinas y Juan
Ramón vivieron
en el barrio de
Condado, uno
de los más
hermosos

Málaga” y se perdía por ese increíble laberinto de vías estrechas, empedradas con el metal de los viejos molinos de fundición. Entre sus calles de suelo azulado y fachadas de casas multicolores, Salinas dice saborear los refrescos de “ajonjolí, tamarindo guanábana” y quizás pasaría junto a la plaza de San José donde hoy, en una casa del siglo XVIII, se alberga el museo de Pablo Casals.

Los exiliados españoles se sintieron bien en San Juan. **Aurora de Albornoz** dice de Juan Ramón que “en Puerto Rico tuvo unos años buenos; muy buenos”. Casals se casó con **Marta Montañez**, una bella alumna portorriqueña 60 años más joven que él. **Carlos Marichal** también se casó en San Juan con **Flavia Lugo**, que sería la mujer de su vida y hasta el intratable Juan Ramón tuvo unos años de tranquilidad.

Una de las razones de ese bienestar debió ser la buena acogida, el respeto y el tacto que las autoridades universitarias, con su rector **Jaime Benítez** al frente, dispensaron a los españoles. Eran años de agresiva invasión cultural norteamericana y los intelectuales españoles ayudaban a conservar la otra cultura. Las mismas edificaciones de la Universidad de Río Piedras tienen mucho que ver con el concepto mencionado. Construidas en pleno periodo del llamado Spanish Revival (Resurgimiento español) con su profusión de lo-



gias, pérgolas, torres y patios interiores, han quedado como símbolo de la resistencia de la arquitectura española tradicional frente a los tiempos posteriores en los que el acero, el cristal y el cemento tomaron el

relevo. Hoy en día, la torre octogonal del recinto universitario es un punto de referencia para visitantes inexpertos.

Juan Ramón y su esposa Zenobia Camprubí Aymar, hija de una mujer puertorri-

Según Aurora de Albornoz, JRJ tuvo en Puerto Rico “unos años buenos, muy buenos”



queña, estuvieron en la isla en tres ocasiones: 1936, 1950 y, definitivamente, entre 1951 y 1958. La guerra civil español expulsó al poeta y a su mujer, que aceptaron una invitación de la Universidad puertorri-

queña para dar una serie de conferencias en la isla y, sobre todo, para preparar una antología de *Versos para niños*. Juan Ramón escribe, entonces: “Al cumplir mis cincuenta y cinco años salgo de mi España, en donde creí ya vivir para siempre y morir, y me enfrente de nuevo con un comienzo”.

Llegan a la isla en septiembre de 1936 y un año después se edita, en La Habana, *Verso y prosa para niños*. El departamento de Instrucción Pública de Puerto Rico escogió esta obra y *Platero y yo* como libros de texto obligados en todas las escuelas del país.

Viene, después una etapa de peregrinaje entre la América hispana y los Estados Unidos. Primero Cuba y, luego, Juan Ramón imparte cursos en Miami, Duke y Maryland. En 1948 el matrimonio realiza el sueño de hacer un viaje a Uruguay y Argentina. “¡Fecha maravillosa para nosotros!”, escribe Zenobia.

Al fin, en 1950, un médico experto en psiquiatría recomienda a Juan Ramón, ya muy enfermo, que procure vivir en un país de habla hispana y de ahí su vuelta final a Puerto Rico. Por entonces el pensamiento republicano de Juan Ramón ha evolucionado de forma curiosa: en un artículo publicado en Puerto Rico y firmado por **Luis Hernández Aquino** puede leerse: “Juan Ramón Jiménez cree en la federación universal” y cita palabras textuales del

poeta, que afirma que cree “en la federación universal humana, que al fin y a la postre se impondrá en el mundo. Creo que el mundo se torna cada día más pequeño y que primero tendrán lugar las federaciones continentales y luego estas darán paso a la federación universal”.

En marzo de 1951 comienza esta estancia definitiva de los dos intelectuales. Invitados como profesores visitantes en la Universidad, Zenobia ofrece cursos en la Facultad de Estudios Generales y Juan Ramón enseña en el departamento de Estudios Hispánicos. El claustro de profesores de la Universidad y el estado de Puerto Rico les demuestra un gran respeto y les ofrece trabajo permanente.

Estos años, aunque marcados dolorosamente por la enfermedad de ambos (“¡Qué malo es viajar cuando se siente uno enfermo!”, diría el poeta), fueron sin embargo muy fructíferos desde el punto de vista literario y de relaciones humanas. Como queda reseñado en el minucioso *Diario de Puerto Rico* que escribe Zenobia, los visitantes, casi en peregrinación, que tratan de acercarse al maestro son innumerables y, en lo que respecta a su obra, es cierto lo que escribe **Fanny Rubio**: “Las experiencias vividas por Juan Ramón Jiménez en Puerto Rico fueron decisivas para su poesía”.

Zenobia debe trasladarse a Boston a fines de 1951

Eran años de
invasión cultural
norteamericana
y los españoles
conservaban la
otra cultura

y someterse a una delicada operación. Cuando vuelve de Estados Unidos, el matrimonio tiene aún unos años buenos. Juan Ramón dice en una entrevista (1 de febrero de 1953): “Estoy muy contento de haber vuelto a Puerto Rico, después de dieciséis años. Llegué muy enfermo. Pero hoy me encuentro mucho mejor y puedo trabajar todo el día y, a veces, toda la noche, como en mis tiempos mejores. Mi mujer, que también sufrió una seria enfermedad, se ha beneficiado mucho de este ambiente puertorriqueño, esta savia atmosférica que ella lleva también en su sangre por herencia materna. Puerto Rico me ofrece además una humanidad prodigiosa, y con ella y su hermosura natural nuevos temas de poesía y crítica”.

En 1956 Juan Ramón Jiménez es galardonado con el Premio Nobel de Literatura. Por desgracia, Zenobia muere tres días después de conocerse la noticia, el 28 de octubre de 1956. Juan Ramón, tremendamente apenado, no se encuentra con ánimos de ir a recoger el galardón y es por eso que irá a Suecia, en su lugar, el rector Benítez.

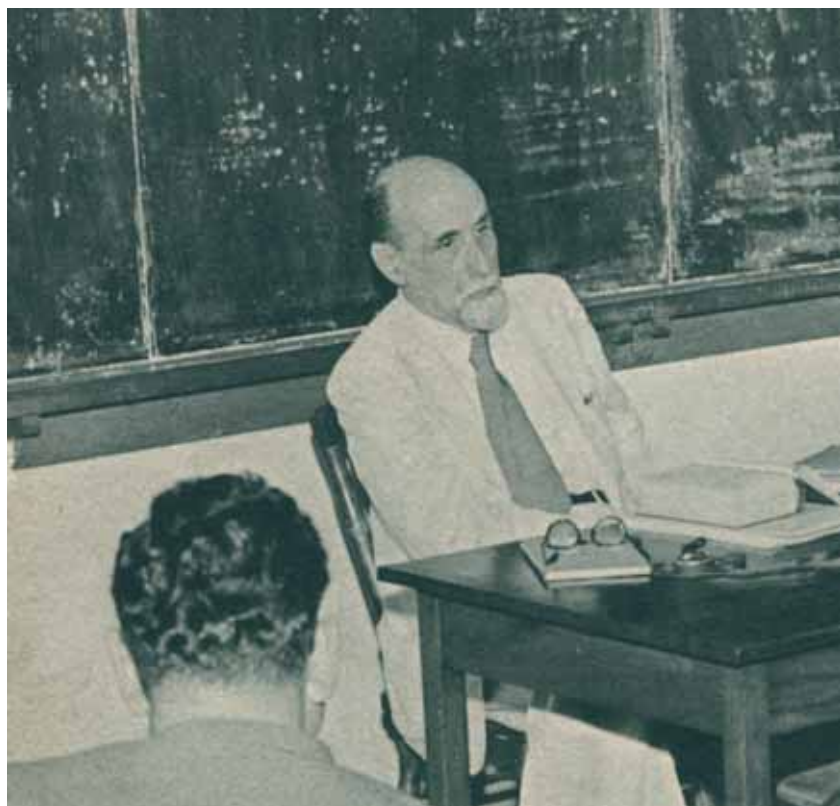
Juan Ramón escribe: “A Zenobia de mi alma / este último recuerdo / de su Juan Ramón, que / la adoró como la / mujer más completa / del mundo y no pudo / hacerla feliz. J.R. / sin fuerzas ya”. Moriría apenas dos años después, el 29 de mayo de 1958.

Zenobia muere
tres días
después de
conocerse la
concesión del
Nobel a JRJ

En el interior de la Universidad hay una sala, Zenobia Juan Ramón Jiménez (en este orden, por deseo expreso de ambos), con muebles y recuerdos de la famosa pareja. También con su biblioteca particular, incluida la obra completa del poeta, que donaron a la institución. Es uno de los centros de investigación juanramoniano de mayor entidad en el mundo.

do. En cambio, sí existe La Bombonera en la calle San Francisco, del Viejo San Juan, donde terminaban sus charlas los contertulios.

Juan Ramón, misántropo impenitente, enfermo crónico, y Pablo Casals, demasiado respetable, no asistían. En cambio estaban otros notables intelectuales españoles: el decano de la Facultad de Humanidades de la Universidad, el galle-



En fin, para no perder viejas costumbres patrias, los exiliados también se reunían en tertulias literarias y republicanas. Lo hacían, según unos, en un café de la Avenida Ponce de León llamado El Chévere y según otros en el Swiss Chalet del barrio de Santurce. Ambos han desapareci-

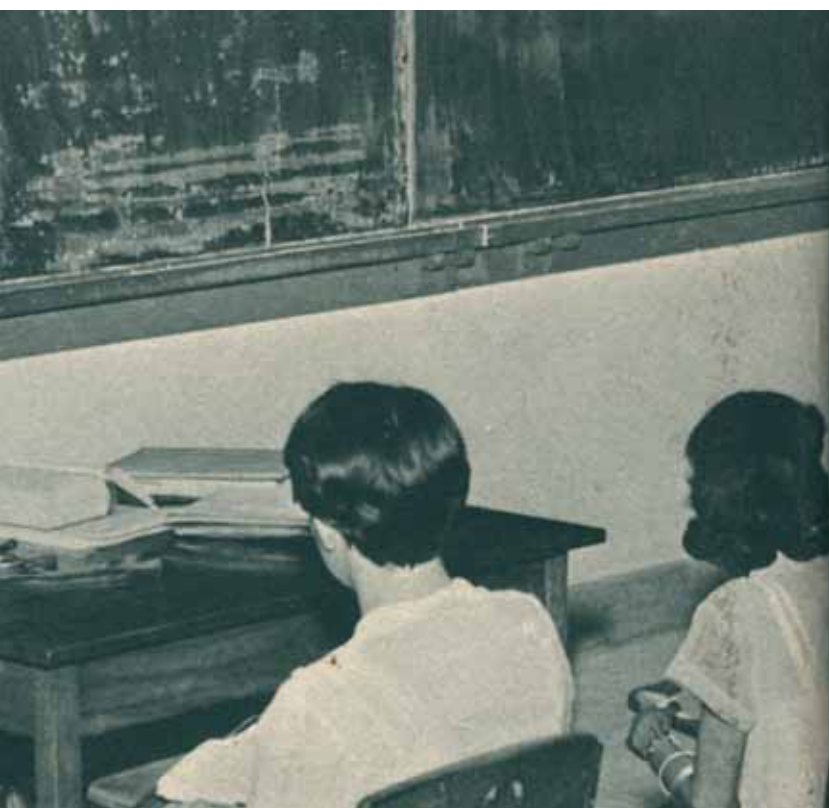
do **Sebastián González García**; el catedrático de Derecho y amigo personal de Casals, gran aficionado a la música, **Alfredo Matilla**; el ex ministro de Hacienda de la República **Gabriel Franco**; el filósofo, discípulo de Ortega, **Antonio Rodríguez Huéscar**; el editor palentino **Roque Nieto Peña** y, cuando

estaba por allí, el pintor surrealista **Eugenio Fernández Granell**. Se hablaba de otro exiliado, ya de edad, también residente en la ciudad: el juez **Federico Enjuto**, que instruyó el proceso a **José Antonio Primo de Rivera**. Francisco Ayala recuerda que, en otras ocasiones, se veían en casa del rector **Jaime Benítez** quien, como queda dicho, tuvo la misión honorífica de acudir a Esto-

mada Puerta de Tierra, justo a la entrada del Viejo San Juan, es un caserón con vocación de cortijo, de paredes blancas con tejas vidriadas, torres en las esquinas, arcos, logias y una increíble reproducción del Patio de los Leones de la Alhambra. En esta casa, lo mismo que en el gran hospital del Auxilio Mutuo, el control lo llevaban los “otros españoles”, la colo-

vezes, daban una charla y luego cada uno se iba a su casa”. En el hospital del Auxilio Mutuo murió el 22 de octubre de 1973 Pablo Casals, cuyo cuerpo yacente fue colocado, al día siguiente, ante el Capitolio, vecino a la Casa de España, y allí fue despedido con la Sinfonía Heroica de Beethoven interpretada por la Orquesta Sinfónica de Puerto Rico, creada por él mismo.

Fue un toma y daca. San Juan dio a los fatigados transterrados trabajo y belleza. Los prestó, para su placer, sus playas, la alegría de sus casas coloniales y el amor de sus gentes. Hasta los dejó reposar frente a su pasado histórico. De las playas de Isla Verde y Condado a las bellezas del Viejo San Juan y de los bosques de Río Piedras a la hermosura del Seascap —que decía Salinas— San Juan puso mucho de su parte. A cambio, aquel puñado de españoles expulsados de su país, crearon el primer Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad, la prestigiosa revista *La Torre*, fundada por Francisco Ayala, el Conservatorio y la Orquesta Sinfónica, el Departamento de Arte Dramático de la Universidad, el Festival Casals de Música y otro de Teatro Puertorriqueño. Por si fuera poco regalaron un Nobel de Literatura que, dadas las circunstancias, fue más suyo que nuestro. ■



colmo a recibir el Nobel de Literatura para Juan Ramón.

En su camino a La Bombonera, los transterrados republicanos tenían que ver, volviendo la cabeza con desprecio, la Casa de España, también de puro estilo Renacimiento español. Situada en la zona lla-

nia conservadora y, en ocasiones, afecta a la dictadura, a la que se unía la diplomacia franquista en la isla.

De vez en cuando las dos Españas firmaban la paz. El asesor cultural de la Casa de España, el escritor y ex diplomático **José María García Rodríguez**, decía que los exiliados “venían, a

Fue un toma y
daca. San Juan
dio a los
fatigados
transterrados
trabajo y belleza